

te, ven conmigo ya. Con los que te aman,
Cordera, con los que te aman...

(Se la lleva por la derecha.)

SEÑORA OVEJA.—¡Cordera, cordera!

OVEJA 1.^a—¡Hermana!

OVEJA 2.^a—¡Hermanita!

SAPO.—*(Burlón.)*—Croak, croak, croak...

TELÓN

JORNADA TERCERA

Una explanada en la montaña. A foro derecha una
cueva. Es por la mañana, con sol.

ESCENA PRIMERA

*El LOBATO, echado sobre una peña, juega con
unas piedrecitas. La CORDERA, sentada,
trenzando un puñado de correas. El LOBO,
de pie a la entrada de la cueva, fumando su
pipa.*

CORDERA.—*(A media voz, cantando, pero sin
fijarse más que en su trabajo.)*

Lobo, lobo, lobo mío,
lobato de mi querer:
si naciste de cordera,
¿por qué lobo quieres ser...?

LOBO.—*(Sonriente: hablando.)*

También de lobo ha nacido...
¿por qué lobo no ha de ser...?

CORDERA.—*(Sonriéndole.)*—Lo será, porque
a eso le inclinas. ¿Qué haces?

LOBO.—Miraros... y oírte.

CORDERA.—¿Por qué no vas a traerme casta-

ñas y nueces para mezclarlas con la pasta de maíz, ya que así les resulta más sabrosa...?

LOBO.—Hay abundancia ya de provisiones...

CORDERA.—Para nosotros; pero el invierno es muy duro y a la entrada de la cueva vienen hambrientas las pobres fieras. No querrás tú que llegue una y tener que decirle: «Perdone, hermano...» En la cueva del caballero Lobo se dice siempre: «Tome, hermano, que la tierra da sus frutos para todos...»

LOBO.—De la tierra podrían cogerlos ellos mismos: es de tu bondad de donde espigan.

CORDERA.—¿Te cansa ya...?

LOBO.—Algunos no merecen...

CORDERA.—(*Interrumpiéndole amorosa.*)—
¡Calla, Lobo de mi vida...!

(*Levantándose.*)

¿Has visto alguna vez que el sol niegue su luz, el arroyo su corriente, o el prado su hierba..., ni aun cuando la maldición de un padre haya invocado a las furias...? Y si jamás inquieten lo que son y cómo son los que a ellos acuden, ¿por qué vamos nosotros a ser más justicieros que el mismo Espíritu inmortal que vive en el arroyo, en el prado y en el sol...?

LOBO.—Así has querido tú que sea... y así es.

CORDERA.—¿Te va mal...?

LOBO.—Al contrario. Y orgulloso estoy de que lleve la fama el eco de tu bondad por montes y valles..., aunque mi nombre se oscurezca. A cuantos suben aquí, si les preguntan: «¿A dónde vas...?», responden: «A la cueva del Lobo...» Y a cuantos de aquí bajan, si les preguntan: «¿De dónde vienes...?», contestan siempre: «De la casa de la Cordera...»

CORDERA.—Yo soy tuya: al hablar de la Cordera, de lo tuyo hablan, y a ti te honran en mí, caballero Lobo. Anda, ve...

LOBATO.—¿Cuándo me llevarás contigo, padre...?

CORDERA.—Cuando seas mayor.

LOBATO.—¡Otros de mi edad van solos...!

CORDERA.—Pero tú no puedes aún.

LOBATO.—¿Por qué...? ¿No soy lobo como ellos...?

LOBO.—No. Tienes la piel, las uñas y los dientes, pero no tienes el coraje mío, que nacíste de oveja y no de loba.

LOBATO.—¿Y por qué me disteis lo que no me ha de valer...?

LOBO.—Juega, Lobato, juega...

(A la Cordera.)

He de llevarle pronto.

CORDERA.—¡Pobrecito...! ¡Es tan pequeño...!

LOBO.—¿Por qué no viene mi amigo el señor Oso...?

LOBO.—Cuidado con él, que es muy rudo y un día te lastima..., y después...

CORDERA.—¡Quisiera yo ver que lo lastimaba! Del primer tirón de orejas...

LOBO.—(Riendo.)—¿Qué hablas del Oso...? Y podrá más que tú si os peleáis.

CORDERA.—Pero no le vuelvo a dejar que juegue con el Lobato y no le quiero yo más a él...

LOBO.—¿Querernos...? Esa es tu fuerza enorme y ante ella nos rendimos todos. Tírale de las orejas al señor Oso, tírale cuanto te plazca, que él no se incomodará...

CORDERA.—Anda, anda, vete...

LOBO.—Cuando era el lobo temido, no me atrevería a dejarle solo: hoy sé ya que le dejo seguro en tu poder, que la cordera es más fuerte que el Lobo, la bondad es más poderosa que la fuerza.

CORDERA.—(Empujándole suavemente.)—Anda, ve a buscar las nueces...

LOBO.—Juega, Lobato, juega, que seguro estás...

(Mutis Lobo por la cueva.)

ESCENA II

CORDERA Y LOBATO; ZORRO, por la derecha.

LOBO.—Madre: ¿por qué dice padre que no soy como él...?

CORDERA.—Ya lo serás... Buenos días, señor Zorro.

LOBO.—Hola, señor maestro. ¿Y el pequeño, está ya bien...? ¿Se le curó del todo la patita...?

ZORRO.—Completamente.

CORDERA.—¿No les faltó a ustedes nunca el maíz?

ZORRO.—Nunca. Por cierto que la otra tarde fue a llevárnoslo una señora raposa...

CORDERA.—Yo se lo rogué porque la cogía de paso...

ZORRO.—Pues me sorprendió un poco verla,

porque lo natural es que hubiese escapado con mi ración también.

CORDERA.—Ya se lo dije yo antes. Si te apetece, además de lo tuyo, lo que llevas para el señor Zorro, guardátelo... y coge otro tanto para que al hijito del señor Zorro no le falte.

ZORRO.—Si hubiera muchos como tú, señora Cordera, acabábamos nosotros, los tigres, los zorros...

CORDERA.—Y acabaréis...

ZORRO.—En este lado de la montaña, vecino a tu cueva, no hay fieras ya. Lo parecen aún, pero ya no lo son..., no roban, no matan... Nos estás desacreditando mucho...

CORDERA.—¿Perdéis con ello...?

ZORRO.—No. Y si en los otros lados hubiera otras bondades como las tuyas...

CORDERA.—Que es muy sencillo.

ZORRO.—Que es muy sencillo, según tu opinión...; todo el monte sería tierra de paz.

CORDERA.—Y lo será...

ZORRO.—¿Cuándo?

CORDERA.—Cuando no haya ninguno que lo dude.

ZORRO.—Entonces va despacio...

ESCENA III

DICHOS; Oso, *por la izquierda*.

Oso.—¡Lobato, Lobato...! Si adivinas lo que traigo en el nido, te doy un pajarito.

LOBO.—(*Corriendo al lado del Oso.*)—¡Pajaritos, pajaritos!

Oso.—No.

LOBO.—¿Cómo que no?

Oso.—Como que no. Adivina, adivina.

LOBO.—Pues no sé...

Oso.—Un pájaro.

LOBO.—¡Ya lo dije!

Oso.—Tu dijiste: «¡Pajaritos, pajaritos...!», y como no traigo más que uno, no acertaste.

LOBO.—¡Los grandes son ustedes muy tramposos...!

Oso.—¡Tómalo, tontaina! Y vamos ahora mismo a ponerle una correa para que no se escape...

CORDERA.—Pero, ¿a usted no le da vergüenza, a sus años, andar cogiendo nidos?

Oso.—(*Sorprendido.*)—No, señora...

CORDERA.—Pues habría de dársela. ¿Ha pen-

sado usted en el susto que tendrá este animalito al verse entre esas manazas...?

Oso.—(*Desconcertado.*)—No, señora...

ZORRO.—Parece mentira que seas así...

CORDERA.—¿Y tampoco se le ocurrió a usted que los padres volverían a buscar el nido...?

Oso.—Si pensara tantas cosas, me quedaba sin comer la mayor parte de los días...

CORDERA.—Para comerlos, hay una razón...

Oso.—¡Ya lo creo!

CORDERA.—Para martirizarlos, no.

Oso.—Bien...

ZORRO.—Tenía mejor idea de ti...

Oso.—¡Bien!

ZORRO.—Confíesalo: has metido los cuatro remeros... y el hocico.

Oso.—(*Rabiando.*)—¡He dicho ya que está bien...!

ZORRO.—Pero si lo que te dicen es que está mal...

CORDERA.—Y si quiere usted ser muy amable, vuelva usted a colocarlo en donde lo cogió.

ZORRO.—Es lo menos que puedes hacer...

Oso.—¡Puedo hacer más! Cogerte por un brazo, y al nido y a ti ponerlos en la copa del árbol.

ZORRO.—Al pajarillo éste le dará igual que le pongas un poco más alto; pero conmigo, que si caigo me estrello, comprende que es un pensamiento deplorable, querido Oso...

Oso.—Pues cállate. Porque usted lo manda, voy a llevarlo, que motivo no veo ninguno para impedirnos esta inocente diversión.

CORDERA.—Ninguno. ¿Qué motivo podría encontrar alguien más forzado que usted para devolverle sus cachorros si le divertían...? Ninguno.

Oso.—¡Con los míos, no!

CORDERA.—¿Piensa usted en los suyos...? Pues vaya usted adonde quiera, que el infeliz gorrión ya no peligra.

Oso.—Al árbol. ¿Adónde he de ir...?

ZORRO.—(*Aparte al Oso.*)—Te la dan con queso...

Oso.—¿Qué es eso?

ZORRO.—Queso. Una golosina muy rica, que sabe a lo que te dijo la Cordera.

LOBO.—(*Acercándose al Oso.*)—Volverás para que juguemos, señor Oso...?

Oso.—No quiero jugar, que por tu culpa ya me han reñido hoy...

(*Mutis Oso por la izquierda.*)

ESCENA IV

CORDERA, ZORRO Y LOBATO; LOBO, *de la cueva.*

LOBO.—Cordera, ¿en dónde has puesto el saco...?

LOBATO.—Llévame contigo, padre... Así no seré nunca ágil, ni fuerte, ni audaz, como deben ser los lobos.

LOBO.—*(A la Cordera.)*—¿Lo oyes...?

CORDERA.—Es muy pequeñito aún...

LOBO.—De cuerpo, no; de ánimo, sí: porque tú le cohibes. Se parece ya en demasia a ti...

CORDERA.—¿Y es gran defecto ese...?

LOBO.—Para que no ataque, no. Para que se defienda, sí. Tú le haces bueno, Cordera; pero no le haces fuerte...

CORDERA.—*(Abrazándole y llevándosele.)*— ¡Es tan pequeño todavía...!

(Mutis por la cueva Cordera y Lobato.)

ESCENA V

LOBO y ZORRO.

ZORRO.—Es una oveja encuadrada en lobo...

LOBO.—Temo que algún día me acuse de no haberle educado conforme a lo que aparenta ser...

ZORRO.—Tranquilízate: pronto se largará a sus correrías... Y a propósito: ¿qué has resuelto?

LOBO.—No ir...

ZORRO.—¡La lobita es preciosa...! ¡Buen bocado para lobo viejo...! Joven, esbelta...

LOBO.—Ya lo sé, ya lo sé...

ZORRO.—Convencida de que tú la adoras... la he convencido yo en tu nombre...

LOBO.—No voy...

ZORRO.—Y te aguarda.

LOBO.—No. Puede enterarse mi Cordera.

ZORRO.—Imposible. Y cuatro años de fidelidad ejemplar, inverosímil, te dan derecho a una distracción.

LOBO.—No, no...

ZORRO.—Nadie la ronda, porque he dicho que has puesto en ella tus ojos de lobo galán, y al que la mire pondrás en él tus dientes de lobo feroz...; pero si prefieres que siga corriendo la especie de que has tornado tu arranque en timidez y tu valor en excesiva prudencia...

LOBO.—¡Cobarde yo!

ZORRO.—¡Prudente, prudente...! Lo dicen con toda esa delicadeza...

LOBO.—¡Pues ya verán quién soy...!

ZORRO.—¿Vamos esta noche...?

LOBO.—De noche no me ausento nunca. Sospecharán...

ZORRO.—Hay un jabalí solitario que arrasa los campos. Proyectan darle una batida, y tus amigos te quieren para que los acompañes. ¡No los vas a desairar...!

LOBO.—¿Es verdad eso...?

ZORRO.—Lo puede ser... Y por de pronto ya es ún magnífico pretexto para estar libre un par de días.

LOBO.—Y la loba, ¿me aguarda...?

ZORRO.—¡Cuando yo te lo afirmo...!

LOBO.—Iremos. Avisala...

(*Mutis Lobo por la cueva.*)

ESCENA VI

ZORRO: GATA, *por la derecha.*

GATA.—Señor Lobo...

ZORRO.—(*Que acompañó al Lobo hasta la entrada.*)—¡Ay, mi difunta!

GATA.—¡Ay, mi difunto...!

ZORRO.—(*Muy afectuoso.*) ¿Qué tal, qué tal desde que no nos vemos...?

GATA.—Avergonzada... No me juzgues sin oirme... Quisiera explicarte...

ZORRO.—¿Explicar que me dejaste...? No te molestes: en cuanto transcurrieron dos años sin volver, empecé a sospechar que no volverías.

GATA.—Es verdad que te abandoné...

ZORRO.—¡Y tan verdad...!

GATA.—¡Pero si tú supieras lo que he sufrido antes! ¡Te daría compasión ver en qué estado me marché!

ZORRO.—¿Eh...?

GATA.—Estado de ánimo...

ZORRO.—¡Ah...! No tiene nada de particular lo ocurrido.

GATA.—¿Me perdonaste...?

ZORRO.—Unos días antes de que te escaparas.

GATA.—¿Sí...?

ZORRO.—Sí.

GATA.—Fuiste previsor...

ZORRO.—Modesto. Calculé que no había fundamento para que la serie se interrumpiese en mí... y desde que te declaré mi amor, o desde que me declaraste el tuyo, que ahora no preciso bien ese detalle..., te perdoné ya por anticipado.

GATA.—Yo te quería mucho...

ZORRO.—La prueba es evidente.

GATA.—Pero no eres mi ideal.

ZORRO.—Paciencia.

GATA.—Ya no lo necesitas.

ZORRO.—En este momento se la recomendaba al pobre Ideal, que le estoy viendo llegar un poquito retrasado.

GATA.—No. Para él conservo intacta mi pasión, mi ternura...

ZORRO.—¡Entonces, que venga...!

GATA.—Dime con lealtad, hoy que ya no ganas ni pierdes al decirlo: ¿me quisiste de veras...?

ZORRO.—Como tú a mí.

GATA.—No, no, ¿de veras?

ZORRO.—(Riendo.)—Pues sí: te quise con delirio...

GATA.—(Entusiasmada.)—¡Con delirio...!

ZORRO.—Y a corresponderme tú, me hubiera casado contigo.

GATA.—¿De veras, Zorro...?

ZORRO.—De veras. Creo que tú habrías llevado mi nombre dignamente.

GATA.—Gracias.

ZORRO.—No las merece...

GATA.—(Amorosa.)—Si yo me persuadiera de ti; si me confiara en ti...

ZORRO.—No, no. ¡Conmigo ya no...!

GATA.—¿Me rechazas...?

ZORRO.—¡Recuerda que te has escapado tú...!

GATA.—¡Qué desdichada soy! ¡Nadie me quiere...! Nadie... nadie...

(Mutis la Gata por la izquierda.)

ZORRO.—Esta pobre no sabe de fijo a quién adora..., pero no es falsa buscando el amor. Se engaña únicamente en llamarle Ideal... Verdad que en el nombre de las cosas nos engañamos todos muchas veces...

ESCENA VII

ZORRO: LOBO, *con un saco de piel vacío, por la cueva.*

LOBO.—¿Vienes...?

ZORRO.—Aún he de dar la lección a tu Lobato.

ESCENA VIII

DICHOS: OSO Y OVEJA 1.^a *por la izquierda.*

OSO.—Mira a quién traigo...

LOBO.—¡Ovejita! ¡Qué contenta se pondrá tu hermana al vertel!

OSO.—Hace tres días que anda perdida por el monte.

OVEJA 1.^a—Salí para que las señoras fieras me devorasen, pero después tuve espanto de morir.

OSO.—Cuando la encontré se asustó de mí como si fuese yo a devorar a una ovejita...

OVEJA 1.^a—Las fieras, ¿ya no matan...?

OSO.—¡Ca...!

ZORRO.—Lo habrás oído contar, porque nunca falta una mala lengua.

(Sentado: displicente.)

OVEJA 1.^a—Pero el destino de ustedes, ¿no es perseguirnos...?

OSO.—¡No...!

LOBO.—¡No! El destino es un nombre nada más, que lo utilizan como disculpa los que se dejan zarandear por sus caprichos, o por los ajenos; pero el que tiene un adarme de voluntad lo sujeta y lo esclaviza, y entonces, los que siguen llamando Destino a sus flaquezas, le llaman suerte al triunfar de los otros.

OSO.—Bastó que la Cordera nos suplicase, para respetar vuestro rebaño; bastó luego una lágrima, para romper el pacto que el Lobo y nosotros teníamos jurado de protegernos en las rapiñas...; y poco a poco, cediendo a sus ruegos solamente, fuimos cambiando las costumbres, sin darnos cuenta de que cambiamos también nuestro destino de fieras...

LOBO.—Ya lo oyes. Entre nosotros no debes tener miedo... ¿Por qué huyes?

OVEJA 1.^a—Mi Cordero me pega cruelmente.

Oso.—A ese me lo como. Ya se lo he dicho.

LOBO.—¿Te pega...? ¿Y no te amparan los tuyos?

OVEJA 1.^a—No pueden intervenir, que las leyes de nuestro cercado mandan que la oveja sea del cordero...

LOBO.—¡Rompe ese lazo, pues!

OVEJA 1.^a—Es eterno...

LOBO.—Apártate tú.

OVEJA 1.^a—No puedo. Me despreciarían los míos y nadie querría mi amistad... ¡Por eso huyo desesperada...!

LOBO.—Aquí serás libre, serás feliz...

OVEJA 1.^a—¿Aquí...?

LOBO.—Sí. La felicidad está siempre en donde uno quiere buscarla. Te brindamos tranquilidad: el amor ha de venir después...

OVEJA 1.^a—¡Aquí no...!

LOBO.—¿Por qué...? Mi casa se formó entre maldiciones, y soy dichoso: no debe estar el secreto en que otros nos maldigan. Tus vínculos se ligaron entre cánticos de alabanza, y eres infeliz: tampoco está el secreto en que otros nos bendigan. Sin lazo oficial ninguno que nos ate, la Cordera y yo somos felices, y en cambio, la señora Gata, a pesar de su cons-

tante libertad, es desgraciada: luego tampoco está ahí, en tener lazos o no tenerlos, la escondida razón de nuestro bien. ¿Estará en cada uno mismo, en la suma de afecto, de transigencia, de voluntad, que cada uno ponga...?

ZORRO.—No andas muy lejos, Lobo...

LOBO.—Aquí o allá, Ovejita, ¿qué importa...? Cuando llega la hora y habla el amor, el Lobo ha de buscar a la Cordera y la Cordera ha de seguir al Lobo...

OVEJA 1.^a—¿Y al Cordero...?

Oso.—¿Y al Oso...?

LOBO.—Todas a todos, si... Pudiendo ser con cánticos, mejor; como es mejor que luzca el sol y se calme el viento para andar el camino...; pero si no, como sea y por donde sea, el Lobo ha de buscar a la Cordera y la Cordera ha de seguir al Lobo, que es poca razón la lluvia y el bramar del aire para detenerse cuando la jornada es tan breve y no puede caminarse más que una sola vez y muy deprisa.

OVEJA 1.^a—Fuera de mi cercado no tendré el auxilio de dioses...

LOBO.—Aquí lo tendrás igual.

OVEJA 1.^a—No; el cercado es el mío.

LOBO.—¿El tuvo nada más...? ¿Uno sólo en

la inmensidad del mundo...? ¿Un solo rincón y una sola conducta, gratas a la Divinidad, y las restantes perversas y maldadas...? Si estuviera eso algo próximo a la verdad; si hubieran tenido la inexplicable fantasía de someternos a una fórmula, a una regla definitiva y única, la absoluta justicia, no habría dado esa fórmula a unos cuantos, negándosela injustamente a los demás...; y si todos no la hemos recibido, la que poseen esos cuantos no puede ser la definitiva y la infalible. No puede ser, Ovejita... ¡Ven con nosotros! ¡Cordera, Cordera...! (*Llamándola. Mutis por la cueva.*)

ESCENA VIII

DICHOS, *menos* LOBO.

OVEJA 1.^a—Mis hermanas también sufren.

Oso.—(*Acongojado.*)—Pobrecitas...

OVEJA 1.^a—Pero nos dicen que debemos padecer...

ZORRO.—Les ofrecen la felicidad futura a cambio de regatearles la felicidad presente. Es un préstamo del que no pueden reclamar los

intereses hasta que se les agotó el capital...

Oso.—Para ti se acabaron las contrariedades. Y alégrate, hazme el favor, porque si no, van a caerme las lágrimas a mí...

OVEJA 1.^a—¿Hay quien lllore porque otro sufra...?

ZORRO.—Como otros ríen o cantan o bailan, éste llora. Es el aspecto artístico de tu nuevo amigo el señor Oso. Tiene las glándulas muy sensibles...

Oso.—Es una tontería enternecerse..., ya me lo dice el señor Zorro..., pero no sé remediarlo.

OVEJA 1.^a—¡Qué bueno es usted, señor Oso!..

Oso.—¡Y qué Oso...! También me lo dice éste.

ZORRO.—También.

OVEJA 1.^a—¡Pero yo no!

ZORRO.—¿Ves...? Ya estoy como si me consipara...

ESCENA IX

DICHOS: LOBO Y CORDERA, *de la cueva.*

CORDERA.—(*Abrazándola.*)—¡Hermana! ¿Eres infeliz...?

OVEJA 1.^a—¡Sí, muy infeliz! ¿Y tú, dichosa?

CORDERA.—¡Sí, muy dichosa!

OSO.—(*Compungido.*)—Y esta pobrecita lo será con nosotros...

CORDERA.—¿Llora usted...?

OSO.—¡Yo no!

OVEJA 1.^a—Sí, le doy pena...

OSO.—¡Mentira!

CORDERA.—¿A qué negarlo...?

OSO.—(*Gimoteando.*)—Porque no es cierto...

OVEJA 1.^a—¡Qué corazón...!

ZORRO.—¡Qué glándulas, qué glándulas tan tiernas y tan acuosas...!

OSO.—(*Incomodado.*)—¡Bien! ¿Y qué...? ¡Lloro porque me da la gana! ¡Y hemos terminado!

CORDERA.—Quédate siempre a nuestro lado, y por nueve días seguidos, a la entrada de nuestra cueva, pondré nueve piedras blancas, cogidas del immaculado lecho del río, para que la descolorida tristeza se ahuyente de ti y la risueña alegría acaricie tus pensamientos. Quédate, hermanita, y con ramas olorosas del sagrado roble arderá hoy la hoguera purificadora en honor del gran espíritu que habla sin voz y se le oye sin oídos.

OSO.—Quédate, ovejita.

SEÑORA OVEJA.—¿Y mi cercado...?

CORDERA.—Este será. ¡Que la casa de los que sufren es siempre la casa de quienes los consuelan! Quédate...

OSO.—Quédate, ovejita.

(*La Oveja se refugia en los brazos de la Cordera.*)

CORDERA.—(*Abrazando a la Oveja.*)—Caballero Lobo, ¿quieres admitir a mi hermana en donde tú eres el dueño y señor?

LOBO.—Sí, Cordera.

CORDERA.—Caballero Lobo, tu casa es; que de tu mano entre la que a tu casa viene por la vez primera.

(*Y de la mano lleva la Oveja al Lobo; el Lobo la coge y entra con ella en la cueva.*)

ESCENA X

CORDERA, OSO y ZORRO.

ZORRO.—(*Acercándose al Oso.*)—Es guapa...

OSO.—¿Por qué lo dices?

ZORRO.—¡Por el Lobo, caramba, por el Lobo!

Oso.—No seas mal pensado. Es la hermana.

ZORRO.—Ya, ya...

Oso.—¿Y vas a sospechar de la familia?

ZORRO.—Claro que no. ¡Pero he visto cada cosa en las familias...!

Oso.—Quita de ahí...

CORDERA.—Amigo Zorro: ¿quieres subirme del río las nueve piedras blancas? Amigo Oso: ¿quieres coger del bosque las ramas para la hoguera de bienvenida?

Oso.—Pero oye, señora Cordera.

CORDERA.—¿Qué?

Oso.—¡Conste que he llorado porque me dió la gana!

ZORRO.—Eres un gran tipo.

Oso.—¿De qué?

ZORRO.—(Llevándose.)—De oso... Anda, vamos ligeros.

(Mutis Oso y Zorro, por la derecha.)

ESCENA XI

CORDERA y SAPO, por la izquierda.

SAPO.—¡Cordera...!

(La Cordera le mira, hace un mohín desdeñoso y sigue su camino hacia la cueva.)

Cordera que traes más corderas al Lobo...

(La Cordera se detiene y se le queda mirando: él, con mucha sorna y calmoso, se echa sobre la piedra.)

Mal vigilas tu hacienda de amor.

CORDERA.—Es mi hermana.

SAPO.—Todos somos hermanos.

CORDERA.—El Lobo mío es fiel para mí.

(Marcha.)

SAPO.—(Burlón.) ¿Tú qué sabes?

CORDERA.—(Volviéndose como si la pincharan.)—¡Mientes!

SAPO.—(Siempre calmoso.)—¿En qué miento, Cordera de mil primores, si aún no te he dicho nada?

CORDERA.—En lo que piensas.

SAPO.—Atrévete a preguntarlo.

CORDERA.—¡Sapo!

SAPO.—¡Atrévete!

CORDERA.—¡Marcha de aquí, o...!

SAPO.—¿También tú amenazas, bondad de las bondades? ¿Y a quien te daría gustoso una noticia interesante?

CORDERA.—¿Mala?

SAPO.—Si te la doy gustoso, mala ha de ser.

CORDERA.—(*Marchando.*)—¡Guárdatela.

SAPO.—Como quieras..., pero vigila al Lobo tuyo.

CORDERA.—(*Volviendo.*)—¡Habla claro!

SAPO.—¿Para qué?

CORDERA.—¡Habla!

SAPO.—Si es por complacerte.

CORDERA.—¡Escupe. Sapo, escupe! Y no digas invento o falsedad.

SAPO.—¡Eso no! ¿Inventar para que luego descubráis la trama burda y uniros más en el cariño? ¡Que los dioses me libren de torpeza semejante!

CORDERA.—Creo en tu odio. ¡Dime cuál es la traición!

SAPO.—Cuando te hablen de un jabalí, esta-

rás cerca de ella: si hablan de darle una batida, más cerca aún, y cuando se vayan con ese pretexto, en plena traición te quedarás.

CORDERA.—No. ¡Yo lo impediré!

SAPO.—¿Tú?

(*Riendo.*)

¿Tú? La Cordera tiembla ante el Lobo.

CORDERA.—Temblando me pondré ante él, pero no se irá.

SAPO.—¡Tú no te atreves! Y él ha de tener mucho afán, porque la loba es muy jovencita, pero sazónada ya.

CORDERA.—¡Calla!

SAPO.—De arrogante belleza...

CORDERA.—(*Tapándose los oídos con las manos.*)—¡Calla!

SAPO.—De espléndida juventud...

CORDERA.—¡Calla, calla!

SAPO.—Y tú ya no le inspiras más que una dulce amistad..

CORDERA.—(*Yendo a él amenazador.*)—¡¡¡Calla!!!

SAPO.—Que viene alguien por allí...

(*Por la derecha.*)

Vigila, Cordera, vigila...

CORDERA.—¿No mientes?

SAPO.—No miento. Tú lo verás...; vigila, vigila...

(Mutis Sapo, por la izquierda.)

ESCENA XII

CORDERA: Oso y Zorro, *por la derecha.*

CORDERA.—*(Brava, yendo a la derecha.)*

¿Quién viene...?

Oso.—*(Extrañado.)*—Nosotros...

(Entregándole un brazado de ramas.)

Las ramas que has pedido para la hoguera purificadora.

CORDERA.—*(Cogiéndolo.)*—Dámelas.

ZORRO.—Las nueve piedras blancas que ahuyentarán a la pálida tristeza.

CORDERA.—*(Cogiéndolas.)*—Dámelas.

(Tirándolo todo.)

¡Y que al suelo vayan todas, que mi voluntad dolorida no quiere augurios felices...! ¡Tráeme guijarros, Zorro, que la negra traición duerme en mi casa...!

ZORRO.—¡Cordera...!

CORDERA.—Oso, quema las ramas lejos de aquí y aventa luego las cenizas...

Oso.—Cordera...

CORDERA.—Que la pobre Cordera no quiere más que garras y dientes de lobo para destrozar lobos por el monte: ¡Lobos! ¡¡Lobos!! ¡¡¡Lobos!!!

(Gritando, mutis Cordera, por la derecha.)

ESCENA XIII

Oso y Zorro.

ZORRO.—*(Rascándose la cabeza.)*—Malo, malo, malo...

Oso.—Me parece que a la Cordera le pasa algo...

ZORRO.—Si no te parece más que eso, llevas camino de acertar.